

Revista de la Facultad de Medicina

Volumen
Volume **49**

Número
Number **3**

Mayo-Junio
May-June **2006**

Artículo:

El viejo de ayer (Parte 3)

Derechos reservados, Copyright © 2006:
Facultad de Medicina, UNAM

Otras secciones de este sitio:

- ☞ Índice de este número
- ☞ Más revistas
- ☞ Búsqueda

Others sections in this web site:

- ☞ *Contents of this number*
- ☞ *More journals*
- ☞ *Search*



medigraphic.com

Tema de reflexión

El viejo de ayer (Parte 3)

Arturo Lozano Cardoso

Como referencia y punto de partida para hablar del viejo de ayer y de hoy, es a través de su cronología. En la Roma Imperial, la esperanza de vida al nacer no rebasaba los 25 años, como el resto del mundo clásico y conocido. Esto no quiere decir que algunos individuos no viviesen hasta los 50 y aún a los 80 años. En la edad media no cambia esta expectativa de vida, subió un poco en el S XVII europeo hasta los 30 años, para pasar a los 35 a la mitad del S XIX. En la ciudad se vivía más que en el campo.

La esperanza de vida al nacer, comenzó a calcularse a mediados del S XIX, en el último cuarto de este siglo existió un ligero aumento, y de ahí ha seguido creciendo en todo el mundo.

Actualmente, las cifras varían según las clases sociales, en Europa este aumento es mayor que en México y en la India; en el mismo México, la expectativa de vida cambia en algunos estados de la República. En Alemania fue donde aparecieron los primeros cálculos de esperanza de vida al nacer. Un alemán nacido en 1870 podría esperar vivir 35 años, uno nacido en 1880: 37 años, en 1890: 40 años y en 1900: 44 años, estos promedios son semejantes en los demás países industrializados. Para 1950 en los países industrializados era de 65 años; actualmente es de 83 años en mujeres y 76 años en hombres, esto sucede en Japón. Son las condiciones sanitarias y el ecosistema que influyen en estos hechos, aunque no se debe descartar la herencia y los genes como elemento de la longevidad individual.

Claro, que el desarrollo económico ayuda a los avances de las ciencias médicas y de los cuidados sanitarios que pueden estar al alcance de la mayoría de la población. El cuidado de la salud cuesta dinero y sin desarrollo no hay dinero para costearlo; cuando la sanidad fue dirigida a todos, hubo aumento en la longevidad para el hombre común.

En los países industrializados de hoy, curiosamente, el desarrollo ha creado condiciones que amenazan la vida: armas más poderosas, contaminación ambiental, desequilibrio negativo del ecosistema, etc. Pasando de cierto nivel, el desarrollo se vuelve autodestructor, casi podría decirse que la sociedad industrial envejece y a medida que crece se van creando las condiciones de su propia destrucción y muerte.

El envejecimiento es cuestión de tiempo pero no tanto cronológico cuanto biológico. El ritmo de vida de un ser, determina su tiempo biológico, la edad también influye en el tiempo biológico. En un año de infancia hay crecimiento y

descubrimientos y absorción, mientras que un año del adulto hay destrucción y envejecimiento, poco se descubre y se absorbe. Por eso las personas de poca vida cultural, o sea con pocos descubrimientos, envejecen peor que aquellos que viven aquella sin intensidad. Algunas enfermedades se han visto agravadas por efecto de la civilización. Esta situación empeora por la prosperidad que fomenta el uso y abuso de comidas desbalanceadas, más bebidas alcohólicas, tabaquismo, drogas y sedentarismo.

En el Renacimiento, los valores burgueses fueron generalizándose poco a poco al resto de la sociedad, los servicios de los viejos podían utilizarse en la población. Al hacerse más compleja la vida, la experiencia de los viejos era más necesaria, el viejo se convierte ahora en un activo que hay que aprovechar, por lo tanto, quien proporciona esta experiencia goza de mayor consideración social. Ahora el viejo empieza a verse como individuo que ha acumulado saber y con un grado mayor de "personalización", se le considera al viejo como un estudioso, conocedor de muchas cosas, entra al mundo del humanismo y va destacar más que el joven o el adulto.

Esto es posible en las clases privilegiadas, el maquinismo conduce a la prosperidad de la burguesía y a la formación del proletariado. Sin embargo, cuando el viejo ya es incapaz de trabajar, ya no es útil, pero si trabaja cualquiera que sea su edad, no se le considera viejo, se le respeta y se le sostiene.

Cuando aparece la revolución burguesa, los viejos han envejecido en el poder, ellos han condicionado esta revolución que envejece y bloquea el ascenso de los jóvenes. Este triunfo no buscado por los viejos, lleva a un descontento, que con el tiempo será un peligro y que entre otras cosas lleva a un proceso social muy peculiar y poco constructivo para ellos.

En el S XVIII la burguesía va imponiendo sus valores, entre ellos la autoridad del padre y el respeto a la vejez. La Reforma triunfó y la burguesía prosperó, adoptó las formas económicas que hoy llamamos capitalismo. El aumento de producción fue seguido por un aumento de la población.

Los viejos desde entonces dejaron de ser una rareza. Las condiciones de higiene, vivienda y urbanismo, mejoraron algo, y como siempre el beneficio fue para las clases privilegiadas. En una empresa capitalista la presencia de los viejos da un sentido de continuidad. Como demostraron de este hecho, parecen carteles en las tiendas y negocios: "Casa fun-

dada en...". Esta continuidad le da prestigio a la empresa. Al correr el tiempo el sistema capitalista necesita materias primas y mano de obra baratas. Esto se obtenía de sus colonias, se trasplantaban campesinos a las fábricas. En este momento los viejos vienen a constituir una carga, empieza el abandono de las familias, existe marginación, mendicidad, soledad, etc. Esta situación resulta onerosa y un problema muy complejo como en la actualidad.

Los viejos, mientras pudieran trabajar, o sea, producir beneficios, es decir, ayudar a hacer dinero para quienes los empleaban resultaban ser respetables; cuando dejaban de ser productivos ya no tenían ningún valor. La sociedad capitalista es un sistema de consumo y de desperdicio. Desde luego, no es posible volver a la costumbre primitiva de la eliminación de los viejos.

En el S XVIII se tratan de mejorar las funciones de los asilos y hospitales. Se multiplican y entre otras cosas, se hacen negocios con ellos, encargándoles trabajos, se decía que era para reformarlos y transformarlos en personas deseosas de trabajar.

En el S XIX se desarrolla el maquinismo e industrialismo, van a transformar las condiciones de vida de los viejos y la

longevidad aumenta, pero sólo en las clases adineradas. La autoridad del padre es legal y efectiva. Dan consentimiento y elección en sus matrimonios. Los castigos corporales a los hijos son cosa común. Los viejos quieren conservar en sus manos el poder y la hacienda familiar. Acostumbrados a mandar no a renunciar a ello, ni a "hacer dinero". Aunque su longevidad no se contagia, su severidad sí. Los jefes de familia de clase media y campesina se conducen como los de las familias burguesas, son ellos los que pronuncian las sentencias que leímos en las novelas de la época y, todavía hasta la fecha escuchamos estas sentencias: Ya no eres mi hija, a la muchacha que "faltó". No vuelvas a poner "los pies en esta casa" al hijo que desobedeció.

Al principio, en Alemania bajo Bismark, se trató, por razones pragmáticas, de sustituir la caridad por sistemas de seguros y ahorro para cuando los trabajadores llegaran a viejos, el ejemplo influyó en los intentos de reforma de los sistemas de beneficencia en otros países. En este momento aparece el movimiento sindical que, aunque hablaba del tema no planteaba reivindicaciones favorables a los viejos, porque estos, una vez fuera del trabajo, no formaban parte de él.

(continuará)

